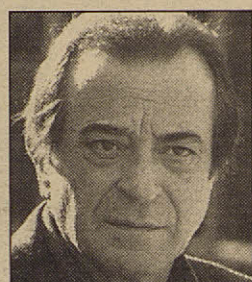


DEPORTES

Relatos



► José Agustín Goytisolo

Deportistas y espectadores

CUANDO decimos que algo es más viejo que ir a pie, damos a entender que la solera de ese algo se remonta a la más alta noche de los tiempos del pitecántropo. Igualmente podría decirse que una cosa es más antigua que correr, que nadar o que saltar, puesto nos consta que el hombre del cuaternario, con un león detrás o bien con un pez o con un jabalí por delante, corría, nadaba y saltaba entre los matorrales como si fuera un arcángel apresurado.

Hombres y mujeres, al urbanizarse o civilizarse, fueron perdiendo estas facultades, puesto que la urbs o civitas de antaño, como la de ahora, ofrecía pocas facilidades a los antiguos nómadas ya sedentarizados, para seguir ejercitando sus músculos.

En ciertas civilizaciones aparecieron fiestas o juegos de competición corporal o atlética: quizás fuese como un rito u homenaje a la destreza corporal perdida, o como entrenamiento de sus guerreros para futuras guerras. En todo caso, nacieron en Grecia los Juegos de Olimpia, y en Roma las competiciones en circos y estadios. Pero en tales competiciones, las mujeres y los hombres corrientes y molientes no solían participar: eran espectadores de las hazañas de otros, normalmente esclavos o prisioneros, salvo en caso de las carreras de cuádrigas, en las que tomó parte más de un patricio, y para lucir su destreza.

PERO LA aristocracia y también la plebe, se conformó con mirar, aplaudir, apostar la toga o los cuernos y hasta el sustento de su familia. Resulta sospechosa la ausencia de aristócratas y plebeyos en el ejercicio deportivo o marcial, ausencia que debió ser de obligado cumplimiento, en general, salvo en algunos casos de profesionales o de grandes señores, estos últimos siempre en concursos o carreras hípicas. Y los demás, a mirar.

Se comprende que el acongojado pueblo soberano aceptara su papel de mero espectador, cosa que se agravó con el paso del tiempo, pues una más que posible carencia o insuficiencia de vitaminas, de hidratos de carbono y, sobre todo, de proteínas, produjera efectos en la herencia genética: de degeneración en degeneración, la gente pobre producía hijos escrupulosos y raquíticos, cabezones, paticortos y con ganglios, útiles solamente para ser mandados obligatoriamente a la guerra como soldados de a pie.

EL HECHO de que hubiese pocos deportistas y jinetes y muchos espectadores, siguió igual en la Edad Media, en el Renacimiento, en la Era llamada Moderna y también hasta hoy, aunque con ligeras variantes. Hoy día, deportes finos como la equitación, el golf, el polo, son aún elitistas, pese a que se han colado ya mu-

chos profesionales. Pero los llamados deportes de masa o de competición, que llenan estadios y pabellones deportivos, son normalmente practicados por profesiona-

les, casi todos escapando así de la vida mísera de su medio social: Pelé, Santana, Ballesteros y tantos otros. Se les ficha, se les paga a veces fabulosamente, pero su fi-

chaje es como una nueva variante de la esclavitud.

EL DEPORTE, palabra que aparece en castellano en el siglo XV, como derivada de deportarse o divertirse, que proceden de *depuerto*, que significaba solaz y entretenimiento, es una palabra tan derivada del latín como el inglés *sport*, ha sido pues siempre espectáculo para muchos y ejercicio, amateur o profesional, para pocos. Se trata de corregir esta situación, este estropicio histórico, de muchos mirando a pocos, y empezando por nuestro celtibérico país, en el que, para un deportista practicante, tocamos a más de cincuenta mil espectadores algo así. Entre nosotros sobran gradas y faltan pistas, campos, gimnasios en cada escuela, en cada barrio y en cada pueblo.

